

la centella en sus redes para que sea dócil mensajera del eco de su voz, el que sondea con el microscopio las células y con el telescopio los cielos, el que muda á su capricho los montes y cruza, encausando los vientos, los profundos abismos del mar. . . renegando del Dios que le dió el ser y encendió en su mente la luz para reconocerle y proclamarse Dios, aunque para ostentar títulos y derechos á la divina corona del universo, tenga que suponerse hijo envaneado del ridículo orangután y descendiente en línea recta de la ostra. . . eso ¡ah, señores! eso, se llamará la *emancipación* y la *soberanía* del hombre, pero en realidad, ¿qué será más que su abyección y su abatimiento!

No es, pues, Dios, este Dios que como Dios se nos presenta—y que sólo es la realidad con todas sus imperfecciones, ó lo que es aún peor, los delirios de una razón enferma y desvanecida, bautizados con el inefable nombre de Dios.

Porque si nos fijamos en la *realidad*, ¿qué especie de Dios sería ese, señores, que no podía ser *inmutable*, y por lo tanto tendría que ser *corruptible*, que en lugar de ser "infinito" tendría que ser "indefinido," que no podría ser "soberanamente perfecto," ni "infinitamente santo," y que trocando su "libertad" por la "necesidad," tendría que ser "malo" en virtud de su propia "esencia?" ¿Qué Dios sería ese, en suma, de cuya esencia no podía afirmarse ni "negarse su ser?"

Y si apartándonos de la "realidad" nos fijamos sólo en la *apariencia*, en la *idea*, en lo que aunque en realidad no lo sea, aun dentro de la economía, de la intención misma del sistema, lleva por lo menos el nombre, ¿qué Dios será ese, señores, que según el más "devoto" y hasta el más "místico" de sus adeptos "lo crea el hombre cuando piensa en él?" ¿Qué Dios es ese "cuyo cielo no es más que el pensamiento del hombre ocupado por la idea de Dios?"

¿Qué Dios ha de ser! sino un "Dios" que como su "Providencia" y la "inmortalidad" consisten, según nos dice textualmente este autor, en "unas cuantas vie-

jas," "buenas palabras, algo gordas tal vez," que se conserva en honor y en obsequio de los sencillos y los simples, pero "que la filosofía nos irá interpretando con mayor refinamiento cada día." Ya lo veis.—Un "flatus vocis" como el de los antiguos "nominalistas" elevado á la categoría de ser "realísimo" por esencia, la "mentira" erigida en "divinidad."

¿Queréis saber ahora de donde procede este Dios? Ya lo sabeis; de una *secreción* del cerebro; y el cerebro, como toda la vida *orgánica* y la vida *mineral* que, entre paréntesis, son lo mismo (lo diré en latín) del *mucus amorfo* y *todo*, de la *Materia* dinamizada? Y esta *Materia* ¿cómo se originó? ¡Ah! escuchadlo, señores; vale la pena de oírsele á los que se burlan del Milagro y rechazan lo sobrenatural. Se *formó* por la *aglutinación de los siglos*! Es decir, que á los miles de siglos de no haber nada, tuvo que haber algo, como quien dice: "Sumad miles de *ceros* y obtendréis por suma una *unidad*." Y esta *Unidad*, esta molécula material que nació de la nada durante siglos, ¿cómo se movió? ¿por qué no se estuvo quieta, en vez de emprender la danza vertiginosa del transformismo evolucionista? ¿No lo sabeis? Os lo diré. . . : porque no era *homogénea*; si acierta á serlo, ¡cielos, tierra, humanidad, Dios, estaríamos aún en la *Mónera* indivisible! Pero no lo era, y un día se apoderó de ella una *inquietud*. . . (estoy *traduciendo*, señores! . . .) Un aguijón la pinchó, hubo una *ruptura de equilibrio* y de aquí. . . el *Universo*. . . : más el autor de tan estupendas filosofías que, como habreis adivinado, no es otro que el SABIO por *antonomasia*, el *Santon* de la *escuela crítica contemporánea*, el que, por procedimientos tan *serios* y tan *honrados* como los presentes, no contento con desterrar á Dios de la inmensidad de los cielos, mientras fingía adorarle con los labios. . . ; lo fué á perseguir hasta en los brazos mismos de la Cruz, y allí renovando el beso traidor de Júdas, mientras ensalzaba hipócrita su bondad, lo vendía como un *impostor* á los fariseos de la ciencia por los treinta

ó treinta mil dineros que produjo á su autor *La vida de Jesus*, por Renán.

¡Ah! Si no se tratara de cosas tan santas y tan serias, valdría la pena de subvencionar á estos sabios de la impiedad para que nos divirtieran con sus lucubraciones; pero con *filosofías* así, se está desecristianizando la Europa. (*aplausos*.)

El "sabio" que se expide patente de "sabiduría" á sí propio, pronuncia desde lo alto de su cátedra "No hay Dios;" escuchalo atónito el magistrado, y lo traduce para su conciencia, exclamando: "no hay justicia;" resuena en los oídos del criminal, y se dice á sí mismo: "no hay delito;" lo oye el hijo de familia, y concluye lógico: "no hay virtud;" llega á conocimiento del subdito, y reflexiona: "No hay autoridad." Medita sobre ello el ambicioso conquistador, y dice: apoderémonos de Roma y despojemos al Vicario de Cristo, y cuando la enseñanza desciende allí donde la miseria agujijonea todos los instintos de rebelión y de concupiscencia, el "principio" se convierte en "blasfemia," estalla formidable la revolución material, corre la sangre por las calles, y entre el estampido del cañon se escuchan estas pavorosas palabras, proferidas á gritos por las muchedumbres populares: "No queremos oír hablar de "Dios," de "vida futura," ni de "cielo." La "Ciencia" ha "demostrado" que son un "sueño," una "mentira." No los queremos. Lo que pedimos es el "Infierno;" es la "Nada," pero. . . con TODOS LOS GOCES que la preceden." (Este período calurosísimamente aplaudido, ha sido repetido á instancias del público y de los Prelados, que han unido sus instancias á las del público.)

¿Creéis, por ventura, señores, que este espectáculo edificará al sabio que con tan ridículos fundamentos científicos *negó á Dios* y plantó la semilla de tan sangrientos frutos? Os equivocáis. Mientras el cañon vomitaba sobre la multitud, que no cometía más delito que *concluir* con lógica las consecuencias de las premisas del sabio estipendiado para enseñárselas por los que ametrallaban á los discípulos

por aprenderlas despues, el sabio tranquilizado por el cañon, sobre la seguridad de sus ahorros editoriales, seguía fomentando el *ateísmo* y dirigiendo una mirada alegre sobre su difusión, al mismo tiempo que una ojeada hipócrita sobre el santuario derruido por el abandono y desierto por la impiedad, exclamaba profetizando con sátnica fruición: "¡Los templos materiales de Jesus real se derrumbarán; los tabernáculos en que se contiene su carne y su sangre se harán pedazos! ¡Ya su techumbre está agujereada, y la lluvia del cielo azota el rostro del creyente arrodillado."

¡Insensato sofista! No comprende que el día en que se desplome por completo el templo santo de Dios, se estremecerá la tierra hasta en sus cimientos más hondos, y el fuego del cielo, no encontrando en su caída el pararrayos espiritual de la elevada torre del santuario, caerá, no sobre el ara del altar, sino sobre el trono de la autoridad, sobre la balanza de la justicia, sobre los tesoros de la capital, sobre el hogar de la familia y hasta sobre la cátedra del sofista; y entre la ruina universal de la sociedad atea que ha renegado de su Dios, resonará la tremenda y pavorosa carejada del Altísimo, *et Dominus iridebit eos*: que no de otro modo se demolió Babel, pereció Nínive, se destruyó Babilonia, fué asolada Jerusalén, se hundió la Atlántida en el seno del mar y ardió ante nuestros mismos ojos París, unido con el petróleo por los sumos sacerdotes del ateísmo contemporáneo.

Y hé aquí, señores, á mi modo de ver, el por qué del acierto con que la Junta superior central de este Congreso incluyó entre las tesis que se debían desarrollar en el primer Congreso Católico Español, la tesis abstracta y teológica que he sido llamado á desenvolver ante vosotros.

Porque si este Congreso tiene por objeto inmediato recordar al mundo la necesidad de la soberanía del Romano Pontífice, ningún espectáculo mejor para hacer ver esta necesidad que el horrendo que nos ofrece el *antiteísmo* contemporáneo.

dios terrible de Israel, un sentimiento de temor irresistible me sobrecoge—espero ver estallar sobre mi cabeza el azote de la ira divina—y al ver su inagotable paciencia—que es la prueba más grande de su eternidad—vuelvo los ojos del impío poeta italiano, al creyente y popular poeta español, y mi espíritu, recobrando todo su vigor y su pujanza, prorrumpo en aquellas valientes estrofas de nuestro Zorrilla:

“No hay más que un solo Dios. El sólo
(es grande
solo infinito, omnipotente solo”

“El premio envía y el azote blande.”
“Todo lo oye y vé de polo á polo.”

“Dios solo es triunfador.....”

Los que le niegan
con altivez blasfema, palidecen
cuando al umbral de su sepulcro llegan.”

“Los que en su ciencia ruín se ensober-
(becen

y de El se mofan, al morir le ruegan,
por El existen y por El perecen.

¡No hay más que un sólo Dios! Ante su
[nombre,

¿qué es el orgullo y el saber del hombre?
Nada, en efecto.

Porque iluminado por la exclamación del poeta, confortado por el aliento de su fé, medito; y levantando mis ojos, radiantes de júbilo al cielo, exclamo con acento trémulo de alegría: ¡Señor, grande es tu gloria de toda eternidad! Grande tu gloria en las cumbres tonantes del Sinaí y en la cima luminosa del Tabor, pero te reservaba otra gloria además, el insensato furor de tus enemigos.

Un día fué... y la humanidad envilecida y degradada por haberse separado de tus caminos y haberse apartado de tu presencia, vió á la conciencia pública personificada en un *cínico* que con una linterna en la mano recorría las calles de la ciudad más ilustrada del mundo antiguo, buscando afanosamente por todas partes al *hombre*.

El filósofo de la antigüedad no lo pudo encontrar. Aquel mundo había per-

dido á pesar de su maravillosa cultura hasta el último ejemplar de la dignidad humana... pero otro día un gentil que preguntaba qué cosa era la verdad, y que se lavaba las manos al condenar á muerte á un Justo, enseñó desde lo alto de un balcon que se abrió sobre la plaza pública y sobre los horizontes de la historia, á un reo inocente próximo á ser crucificado, pronunciando estas proféticas palabras:

“*Hé aquí al HOMBRE.*”

¡El HOMBRE encontrado por fin, era el mismo Dios!

Pues bien: hoy... el Mundo moderno busca á su vez en vano, á través de todas las divinidades de la Ciencia contemporánea, el *Dios verdadero*. Semejante á Clemente de Alejandría en los santuarios del Egipto, cuando seducido por los cánticos solemnes de sus sacerdotes, aparta las cortinas recamadas de oro que velan el fondo del santuario, sólo encuentra en el lugar consagrado á la *divinidad* al ponzoñoso reptil ó al inmundo y horrendo cocodrilo; y cuando ya perdida la esperanza está próximo á sumirse en la desesperación, en el clamor unánime y estentoreo de la impiedad, mostrándole sólo en pié sobre el ara, en torno de todos los ídolos derrocados, al único Dios que sobrevive á tanta y tanta negación, y dándole, y hasta forzándole á escoger entre aquel Dios ó entre sus *odios de sectario* y sus *absurdos de sofista*, le grita con voz atronadora á semejanza de Pilatos.

“*Hé aquí á Dios.*”

y ese DIOS es... el HOMBRE que enseñó Pilatos al Mundo antiguo, y que se levanta entre nosotros, pendiente de esa Cruz. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

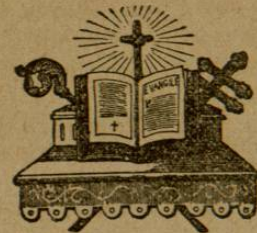
DEFUNCION.

El día 26 del pasado Junio, falleció en esta ciudad el Sr. Presb. D. Rafael Villaseñor.

R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, JULIO 22 DE 1889.

NUM. 14.

SECCION I.

CARTA DE S. SANTIDAD LEON XIII

AL ARZOBISPO

DE BUENOS AIRES,

SOBRE EL MATRIMONIO CIVIL.

Con motivo de la malhadada ley de concubinato autorizado, ó matrimonio civil, sancionada en la Argentina, Su Santidad ha dirigido al Sr. Arzobispo de Buenos Aires la siguiente carta, que muy atentamente deben leer los partidarios de las reformas liberales, ya que muchos creen que con ellas no se ataca en lo menor á la verdad católica.

Dice así la carta:

A nuestro Venerable Hermano Leon Federico, Arzobispo de Buenos Aires.

LEON PAPA XIII.

Venerable Hermano, Salud y Bendición Apostólica.

En medio de las muchas, graves y amarguísimas angustias con que la perversidad de la época presente acibara nuestra vida, lo que más Nos apesadumbra es ver que en muchas regiones que se precian de católicas, se proyectan y promulgan leyes de tal naturaleza, que del todo se apartan de la doctrina de la

Iglesia. Principalmente nos afligen las leyes que se sancionan contra la santidad del matrimonio cristiano, puesto que no solo atentan contra los preceptos de derechos divino y eclesiástico, sino que son un funesto manantial de donde brota un torrente de males que invade la sociedad humana universal.

Así que, no podemos ménos de sentirnos penetrados de un dolor veheméntísimo al ver que en esa República Argentina ha sido impuesta la ley de contraer el matrimonio civilmente. No podemos ménos, en virtud de la suprema autoridad de nuestro apostolado, de declarar á la faz del orbe que tales leyes son de ningún valor, y que Nós enérgicamente las reprobamos.

Una cosa nos consuela en medio de tanto dolor, y es la religiosidad con que Tú y tus Hermanos en el Episcopado de esa Arquidiócesis, y muchísimos otros ciudadanos Argentinos, os habéis esforzado para impedir con todo empeño que se desarrolle en vuestra esclarecida patria ese gérmen de maldad.

Esa piedad y constancia vuestra esperamos que será poderosa para que el pueblo argentino, embebido del espíritu de la santa doctrina, continúe observando con toda fidelidad las leyes de la Iglesia con que son regulados los cristianos matrimonios, tanto acerca de sus impedimentos, como respecto al rito con que deben contraerse, y los mútuos deberes de los cónyuges.

En las primeras estaciones, durante los primeros pasos del doloroso *Via Crucis* que la revolucion ha hecho recorrer al Pontificado, y con él á la justicia, al derecho y al honor para despojarle de Roma, se levantó un grito de espanto en la conciencia universal de todos los que no eran cómplices de la secta que ha llevado á cabo este sacrilego despojo. Entónces fué cuando se esculpieron, con frases que no olvidará la historia, aquellas sublimes protestas de la religion, del derecho, de la libertad, ante la infame violacion de todas las leyes y principios, y en aquel unánime concierto, al lado de hombres de Estado como Odilon Barrot, que proclamaba la necesidad de que los dos poderes estuviesen unidos en Roma, para que se estuvieran separados en el resto del mundo; al lado de liberales como Thiers y de protestantes como Guizot, que exigía la soberanía temporal del Pontificado en nombre de la civilizacion y de la libertad se dejó oír la voz de la Filosofía espiritualista por los lábios nada sospechosos de Cousin, el filósofo por antonomasia francés, que, desde lo alto de la cátedra de la Universidad levantaba su voz de filósofo espiritualista para reclamar el *poder temporal* en nombre del interés supremo de la *Filosofía* que proclama la *existencia de Dios*. (Aplausos.)

“La filosofía materialista y atea—escribía al ilustre obispo de Orleans el célebre Víctor Cousin—puede mirar con indiferencia y hasta aplaudir que la autoridad Pontificia se debilite y disminuya, porque el Pontificado no le es necesario para enseñar á los hombres que el alma es un resultado del cuerpo, y que no hay otro Dios que el Mundo. Pero la filosofía espiritualista debe saber, si no está cegada por la más estúpida de las soberbias, que en el género humano el espiritualismo está representado por el Cristianismo, y éste á la vez por la Iglesia; de donde resulta que el Padre Santo es el representante de todo el orden intelectual y moral. Hé aquí por qué tengo necesidad, para el género humano, de un Pontificado bastante fuerte, para que sea

independiente y para que pueda ejercer eficazmente su santo ministerio.”

Ya lo oís, señores: el lazo que une esta *tésis* con la dignidad y la independencia del Papa, es el mismo lazo que une la soberanía del Pontificado con la existencia de Dios. En realidad, para el despreocupado filósofo francés, tan ensalzado por los racionalistas, para que Dios siga reinando soberanamente en el cielo ante la conciencia de los hombres, es necesario que el Papa reine soberanamente también en el solio de la Ciudad Eterna.

Y ahora comprenderán los que se sonreían maliciosamente al verme aceptar este tema, que si lo acepté no fué para remontarme con él, como el águila sobre la tempestad, á las regiones más lejanas de la tormenta, sino para cernirme á plomo sobre la nube preñada de truenos y de rayos y apreciar mejor desde la region serena y elevada del éter luminoso, junto al disco luciente del mismo sol, lo siniestro y pavoroso de la sombra que proyecta sobre los destinos de la civilizacion la nube condensada sobre el Vaticano.

—Que el que no vaciló nunca en proclamar su fe en el seno de las asociaciones racionalistas, de asambleas hijas de la revolucion, sólo casi ante mayorías y minorías enemigas, seguro de recoger el ultraje por toda gratitud, despues de los peligros de la batalla, sólo podía hacerse á un lado y tomar en cuenta su pequeñez, cuando en vez de estar erizadas de cañones las trincheras enemigas, aparecen cubiertas de flores y rodeadas de los soldados y generales más ilustres del ejército sitiador para asegurar y para aplaudir toda tentativa de asalto.

Y mucho menos además (¿porque no lo hemos de decir?) cuando yo soy de los que creen, como ya os he indicado al principio que quien tiene encarcelado al Pontífice, dentro de los muros del Vaticano, no es propiamente el rey, ni el reino, ni aun el gobierno italiano, que son á su modo prisioneros también, á su vez, de la revolucion y del Papa, y que sólo podían hallar el camino de salvacion y vida haciendo de la situacion del Ponti-

ficado, en vez del *estigma*, la *gloria* de la nacionalidad italiana, sino la revolucion y la impiedad, el ateísmo triunfante que, emponzoñando los manantiales de la ciencia, difunde é informa con su mortífero raudal todos los órdenes de la vida. Si el *Papa* no fuera el Vicario de *Dios*, hace ya mucho tiempo que la capital hubiera sido devuelta á sus dos únicos, posibles y providenciales moradores: las ruinas majestuosas del mundo antiguo y las glorias eternas del Pontificado.

En suma, señores, para concluir: sólo la religion que tiene por oráculo infalible al Vicario de Cristo, posee la verdadera y completa *ciencia de Dios*; sólo ella tiene el secreto de su *culto*, sólo ella guarda la llave de oro del canal por donde descien- de el rocío de su *gracia* sobre la tierra.

La ciencia que se aparta de la religion, es como el peregrino que apaga voluntariamente entre sus manos la luz que le servía para orientarse en las tinieblas, y pronto, extraviado, perdido entre las trochas y veredas, alejado del camino real, da consigo en las simas y precipicios del abismo. Obediente á la curva de su proyeccion, lo que empezó en error, al parecer indiferente, sobre tal ó cual principio ontológico, lleva al cabo á la negacion de Dios personal, real y vivo, á la proclamacion de las causas, eficiente y final del mundo como inherentes á él, inmanentes no trascendentales; á la identidad de los contradictorios adoptada como base de una lógica especial, que tenga por ley el absurdo; á la destruccion, en suma, de toda razon y de toda verdad y de toda realidad que no sea propiamente la *Nada*, y esta nada, adorada y buscada como Dios, realizada en la *negacion* y en el *odio al ser* y personificada en definitiva en *Satan*. . . ¿Qué aún taladran, y escandecen nuestros oídos las desenfrenadas estrofas del himno del ateísmo contemporáneo, elevado á la gloria del enemigo directo y personal de Dios, por el gran poeta de la Italia secularizada!

Si; es necesario proclamarlo muy alto. . . hoy. . . á los diez y nueve siglos de cristianismo, . . . en medio de los esplendo-

res de la civilizacion europea, hija legítima de la cruz. . . en el seno de este planeta fecundado y santificado por la sangre redentora de Dios. . . del fondo mismo de Italia, sacada del seno de los mares por la mano del Creador, como pedestal de mármol y de alabastro para sustentar la Cátedra de San Pedro, se levanta la voz de la ciencia atea, y tomando los vigorosos acentos de la poesia, entona el himno religiosamente impío á *Satan*, que invoca con estas pavorosas palabras:

“¡Salute, ó Satana,
O ribellione,
O forza vindice,
Della ragione!”

y si domináis vuestro horror y prestais atento oído. . . vereis. . . que este *Satanás* cantado por el poeta, no es otra cosa en definitiva que todas y cada una de las rebeliones, de las herejías, de los cismas, de las revueltas de las pasiones contra la razon, de la carne contra el espíritu, del hombre contra Dios, que registran la fábula y la historia, desde Prometeo y los antiguos titanes, hasta la protesta de Lutero, la Convencion y. . . la brecha de la Puerta Pia.

“Sacri á te salgano,
gl' incensi ei voti
has vinto il Geova
de' Sacerdoti”;

y si aún podeis oír, oiréis más: oiréis que este *vencedor* que arranca la espada de las manos de San Miguel y apaga el rayo en la diestra de *Jehovah*, no es otro, en suma, que el *Dios* de las escuelas separadas de la *verdad católica*. . . la *Materia*.

“Nella materia
che mai non dorme
re dei fenomeni
re delle forme
sol vive satana.

¡La *Materia* deificada con el nombre de *Satanás*!

Al escuchar este grito de *triunfo final* de la ateoocracia llevada á su mayor delirio.

¡*Materia* rialzati
Satana he vinto!

al ver que el *vencido* no es otro que el